

Una mañana como cualquiera

KAREN VALDIVIA

Eran alrededor de las siete de la mañana. Una tenue luz entraba por el resquicio de la ventana y con ella la premura de la partida. El sonido de la puerta del vecino que se cerraba con violencia hizo despertar a María con sobresalto. Se incorporó bruscamente y revisó el reloj. De un salto se puso en pie y desnuda corrió al baño. Lorenzo se volteó y arrellanó en su lugar sin inmutarse.

María era una mujer extremadamente delgada, de senos escurridos y piernas largas y flacas. Se miró en el espejo, peinó con los dedos el cabello desordenado y abrió la regadera. Salió del baño, tomó la primera toalla que encontró y regresó de inmediato.

En el cuarto Lorenzo se voltea con un gruñido, estira el brazo sobre la cama... María no está. Escucha la regadera y se levanta cansado, desnudo y malhumorado. Se dirige al baño y gira la perilla...

-¿Qué haces??

-Tengo jabón en el cuerpo, la llave de la regadera está abierta, yo estoy adentro... creo que me estoy bañando..

-Sí... pero ¿Por qué tan temprano y en domingo?

-Ya sabes porqué..

-La verdad no..

-No avisé anoche y mi marido debe estar preocupado. Debí levantarme más temprano..

Se escucha un gruñido, y cierra la puerta de un golpe. El sonido de la regadera invade el lugar.

Afuera Lorenzo se queda de pie en medio de la sala, instintivamente enciende un cigarro. Con una mueca de desagrado lo apaga de inmediato.

De regreso en la habitación, se tira en la cama nuevamente. Se acomoda... gira la cabeza hacia la ventana, la luz le lastima un poco. En el piso, están las cosas de María.

Fue una noche larga. Marihuana, alcohol y la desesperación de consumirse por un instante aderezaron la velada. Todavía podía sentir la ansiedad de terminar algo que aun no sabía cómo comenzó. Se sintió confundido y solo...

María en el baño cerraba la llave del agua y envuelta en la toalla salía. Sus enormes y huesudos pies se oían pasar sobre la madera del piso. A zancadas llegó al cuarto. Lorenzo se había acostado boca abajo.

-¿Estás dormido??

-No..

-¿Por qué no tratas de conciliar el sueño otra vez? Procuraré no hacerte mucho ruido..

-Ya no puedo..

-Como quieras -le dijo con fastidio.

Se quitó la toalla para secarse el cabello largo y castaño. La extendió sobre el reposit. Lorenzo la observaba mientras se vestía.

-¿Por qué me miras así??

-¿Cómo??

-Así como me estás viendo..

-¡Estás loca!! -dijo molesto y metió la cabeza entre las cobijas.

Ella contemplaba el cuerpo de Lorenzo y observó divertida los calcetines que aún llevaba puestos. La noche no le había dado los placeres que deseaba, pero recordó otros que ya tenía olvidados.

María sintió una punzada en el pecho y se estremeció de placer. La sonrisa de Lorenzo ejercía un poder casi místico y todavía no sabía qué estaba haciendo en su departamento. Por primera vez, se aventuraba en algo inusual para ella... se dejó llevar por la situación. El

orgasmo era un premio adicional que no se presentó.
¡Qué importaba!

-De casualidad ¿tendrás secadora...?

-No uso..

-¿Qué te pasa? ¿Hice algo que te molestara?

-¡Cómo crees... tengo sueño!!

-Pues duérmete..

-Debo bajar para abrirte la puerta del edificio..

-Pues deberías empezar a vestirme, yo estoy casi lista... ya son las ocho..

Él se levantó y con prisa se atavió de un pants y una playera. Ella cogió su bolsa y portafolios, sacó un cigarro y lo encendió. En unos minutos ya estaban en el metro despidiéndose fríamente.

María, eufórica por la noche tan intensa, caminaba imaginándose mil posibilidades a futuro. Ya antes había planteado divorciarse, pero nunca con tanta seguridad como ahora. Se sentía capaz de cualquier cosa. Viviría sola y quizá tendría la oportunidad de volver a ver la hermosa sonrisa de la que se enamoró. Soñaba...

Una ráfaga de aire caliente le bañó la cara y el hombre que la esperaba en casa llegó a su mente. El ceño tenso y esa arruga que tenía en la frente, evidenciando los diez años que le llevaba de diferencia. Suspiró impaciente y en su interior escuchaba aquella voz taladrándole la dignidad. "Cualquiera puede hacer las cosas mejor que tú".

Manoteó en el aire tratando de disipar las ideas y los recuerdos. Miro hacia las vías, una lágrima involuntaria asomó en sus ojos. Cuántas veces había deseado llegar hasta abajo y tocar el riel con el rostro húmedo de la vida que se le escapaba. Ahora las cosas eran diferentes ya no volvería a pensar en ello. Esa atracción hacia el vacío desapareció y con ella los malos augurios.

Suspiró profundamente y algo llamó su atención... un bultito informe se movía en medio de las vías. Se acercó al borde estirando la cabeza para ver con más

claridad. Absorta en lo que hacía, no escuchaba lo que sucedía a su alrededor.

Entonces un golpe seco detuvo el tiempo en el andén. Por un instante el silencio fue total y los movimientos parecían más lentos. Un grito desgarrador rompió la densidad del ambiente, y un niño, con los ojos desorbitados, negaba con la cabeza una y otra vez. Un enorme charco escarlata enmarcaba el cuerpo maltrecho de una mujer sin cabeza, que tenía la mano derecha aferrada al portafolio.

Mientras tanto, muy cerca de ahí, Lorenzo se preparaba un té de hierbabuena. Se sentaba a la mesa y fro-tándose con el pulgar los demás dedos de la mano se quedó pensativo. Un sonido lo sacó del marasmo. Buscando llegó a la ventana y ahí... estaba sonando el celular de María. ■



Antonio Ledesma